

# Reflexiones

Por Partiquino



ALC 19.1979



## Tradición teatral

■ Se suele decir que el teatro es un arte fugaz, que sólo vive mientras se efectúa la representación y que muere en cada oportunidad que cae el telón final.

Como tantas otras afirmaciones, ésta es una verdad a medias. Es cierto que el teatro es para ser representado, que sólo la presencia del actor frente a un público hace nacer la emoción estética que emerge del arte dramático. Pero también es cierto que el texto escrito le da permanencia a la obra, que su lectura incentiva la imaginación del que la lee componiendo y dirigiendo su propia representación y que, lo que es más importante, el texto queda disponible para nuevas representaciones en que directores, actores y el propio público extraerán de él nuevas interpretaciones.

No se puede hablar de que exista un teatro nacional, mientras no haya textos dramáticos que se representen una y otra vez a través del tiempo, haciendo nacer la tradición teatral.

Por eso, me parece tan importante que este año ya estemos viendo una nueva interpretación de "Martín Rivas", la adaptación de la novela de Blest Gana que hace 25 años escribiera para el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, Santiago del Campo y que dirigiera Germán Becker. Al mismo tiempo, se anuncia para muy luego el estreno por la Compañía Itinerante de "Chañarillo", una de las más importantes creaciones de Antonio Acevedo Hernández, quien tiene méritos suficientes para ser considerado como el padre del teatro moderno chileno.

Así como en la literatura para ser leída, el conocimiento que de ella tienen diversas generaciones va formando el patrimonio cultural de un pueblo, lo propio sucede con la literatura dramática escrita para la representación. Ya no se trata aquí solamente del acceso que se le da a ellas para el gran pú-

blico, sino el trabajo que nuevos intérpretes realizan de un texto, tinéndolo con la sensibilidad propia de su época.

El teatro chileno, con todos sus altibajos, ha logrado formar un acervo importante. Sus obras van reflejando las costumbres, las inquietudes, el pensamiento de una época, en forma que no suele registrar ni la crónica periodística, ni la historia oficial. Sus personajes son encarnaciones de hombres y mujeres que vivieron una parte de la evolución del país y que, en sus conflictos dramáticos, develan no poco de los elementos que, en definitiva, constituyen la nacionalidad.

Alentado por estos dos reestrenos, he empezado a recordar obras chilenas que quienes hoy bordean los 25 ó 30 años no tuvieron oportunidad de conocer y cuya reposición les permitiría acercarse al mundo en que vivieron sus padres. ¿Cómo se vería hoy esa obra absurda y poética de Jorge Díaz que se llamó "El Velero en la botella"? ¿Qué connotaciones adquiriría una nueva representación de "Los Invasores" de Egon Wolf? ¿Seguirán vigentes los valores populares que María Asunción Requena denunciaba hace 15 años en "Pan Caliente"? ¿Producirá la misma hilaridad y encanto una comedia que hace 30 años tuvo tanto éxito como "Aló, Aló... número equivocado", de Julio Asmussen?

Hay textos con sobrados méritos para ser reestrenados, produciendo en el público actual la misma confrontación a que es sometido con la reposición de "Martín Rivas" y "Chañarillo" y de paso se afianzaría la noción de que entre nosotros existe una tradición teatral, que el arte escénico no es fugaz, no muere con la caída del último telón, sino que siempre está en disposición de renacer remozado por nuevos intérpretes ante un público nuevo.